



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La estupefacta conmoción

ASÍ ES LA VIDA

OLGA DE LEÓN G.

Todos, y con este concepto me refiero a cualquier persona en cualquier parte del mundo, algunas veces atravesamos situaciones difíciles o muy difíciles en lo económico, moral o en lo estrictamente personal: en nuestra salud física o emocional. Y, puede ser no solo en un aspecto, sino en más de uno. Y sabemos, o asumimos que eso es lo "normal"; entonces, solemos decir: así es la vida: Ces't la vie.

Pero, qué se puede decir, cuando la vida se vuelve cotidianamente una tragedia. Hay historias increíbles, como la que ahora intento referir, sin hacer aspavientos ni exageraciones, tan solo contarla con el respeto que merecen los hechos y las personas involucradas.

Era la víspera de la cena de Año Nuevo, la familia de Pedro y Juan Pablo pasaban esa fecha, como la de Navidad, reunidos en su casa. A ella acudían tíos, primos y abuelitos (los que aún vivían). Elisa y Mario eran felices de conservar la tradición y mantener a sus hijos y familia reunidos. Los hijos varones aún eran muy jóvenes (15 y 16 años) para desear irse a otro lado. Sin embargo, comenzaban a dar muestra de que retenerlos uno o dos años más en casa, para las fiestas de invierno sería ya un milagro.

Aunque no tenían novia, eran muy amigueros, todos querían estar con ellos, pues eran muy alegres, siempre positivos y no hacían problema de nada, por el contrario, eran grandes conciliadores, todo tenía algún arreglo o solución, "excepto la muerte", solían decir... Y, lo sabían de primera mano, su hermanita menor había muerto hacía cuatro años (de once), tras sufrir por años de una tremenda enfermedad del riñón; para la que no encontraban donante compatible, por lo que su padre se ofreció y donó a su hija un riñón, cuando ella tenía solo nueve años, y sus hermanos once y doce, respectivamente: ¡cómo no hacerlo! La niña vivió dos años más, después del trasplante.

Desde entonces, ambos niños les dijeron a sus padres que ellos querían donar todos sus órganos, si un día morían y aún no tenían legalmente edad para donar, porque fueran menores, que ellos lo hicieran... desconocían las leyes, pero su última voluntad debían cumplirla sus papás. La madre se estremeció de solo pensar en que ese día pudiera llegarles pronto. Los cuidaba mucho y con gran esmero. Por cualquier resfriado acudía con ellos al médico.

La vida continuó y todos eran felices, a pesar de la pérdida de Sandrita, su hermanita. Ese año, la familia había pasado muy contentos y recogidos en su hogar, Navidad; ahora se preparaban para la cena de fin de año. Los chicos nada habían dicho de pasarla en casa de algunos amigos, en donde se reuniría toda su camarilla de compañeros. Sabían que si lo anticipaban, su madre les diría que podían invitar a todos sus amigos a su casa pues era suficientemente grande y el patio muy amplio. Y, eso, justamente eso, era lo que ellos no querían.



Anhelaban experimentar, una salida importante, como esa, fuera de casa.

Así que puestos de acuerdo con tres de sus primos, en un momento dado, les dijeron a sus padres que pasarían un rato con unos amigos, y que volverían para la cena (a pesar de que sabían que eso no podría ser así). Tras varios minutos de ruegos, sus papás accedieron, con la condición de que estarían de regreso, al menos diez minutos antes de la medianoche.

"Nos prestas tu auto, papá", dijo el mayor, a unos meses de cumplir dieciocho años, y siendo quien ya tenía licencia.

Manejas despacio y con mucho cuidado, Pedro. Sí, ¡claro!, papá. Recuerda que son días en los que anda mucha gente alcoholizada y manejando muy mal.

La cena de aquel Fin de año, en esa casa, empezó con algo de retraso, en espera de la llegada de los dos hijos varones. No contestaban su celular. Y el padre pensó que intencionalmente lo habrían apagado. Pero, la madre con gran sobresalto en su pecho estaba atenta a la puerta principal, o a que alguien llamara para darles una fatal noticia. Y, así fue. De cinco jovencitos que viajaban en el mismo auto, solo sus hijos murieron, los tres primos salieron ilesos... Un choque contra un poste, realmente angosto, fue la causa física.

Aquella madre, no hallaba consuelo en nada ni con nadie. Vivía de luto, aunque desde entonces vestía solo de blanco.

Un día, estando en la iglesia, encontró ella a una de las enfermeras que atendieron la donación de órganos que hicieron sus hijos. La enfermera le reconoció y se le acercó para decirle: sus hijos son ángeles en la tierra. Si pudiera ver lo bien que se ven sus ojos en los dos hermanitos a quienes se les donaron. Y son jóvenes muy nobles y de gran corazón... La madre de Pedro y Juan Pablo solo esbozó una leve sonrisa y sus

ojos se llenaron de lágrimas.

NEUMONÍA EN SILENCIO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Un amigo me dijo que Ramiro había fallecido. "Fueron complicaciones derivadas del Covid-19". Estuvo dos semanas hospitalizado y se peló. Hubo otros temas que se agudizaron con su contagio del bicho de la pandemia. Habíamos alcanzado a platicar un año antes. Yo acababa de publicar mi Memoria "Héroe de Cien Batallas" y él la leyó, por recomendación de su hermana, quien había comprado mi texto y leído las quinientas páginas en dos semanas. "Habla muy bien de ti, deja recuerdos muy bonitos de la adolescencia contigo", le dijo ella. Entonces Ramiro pensó que era tiempo de dejar de cargar con rencores.

Me marcó por ahí de las siete de la tarde. Yo viajaba en Metrobús, no sabía quién era y no alcanzaba a escuchar su voz con el ruido del transporte público. Cuando finalmente oí: "Habla Ramiro", le pedí que me marcara en una hora, cuando llegara a mi departamento. No había mucho que explicar ante la evidencia sonora.

Marcó cuando yo ya estaba sentado en la barra de la cocina, en silencio y con una cerveza fría en la mano.

Lo primero que me dijo fue: "Tenías razón... Tú y mi papá tenían toda la razón; la vieja no valía madres". "Qué bueno que te distes cuenta", le respondí, "estabas viviendo un infierno en esa relación". "Es correcto, Carlitos", me dijo, "pero ya me recuperé y recuperé a mi esposa".

¿Qué había sucedido? Ramiro no era muy agraciado físicamente. Tampoco podría alguien calificarlo como feo, porque tenía varios atractivos, entre ellos su altura; pero no realizaba ejercicio y enloquecía con la cerveza. No obstante, a los treinta se consiguió una esposa bellísima, casi diez años menor. Una chica

blanca como almendra de almidón, con un rostro que era un canto sagrado dedicado a Afroditia. El único pero que le ponía era que era mujer de rancho. Había estudiado hasta el bachillerato en su pueblo.

Su madre se dedicaba al comercio de vasijas: colocaba su puesto a la orilla de la carretera y alguna vez, Ramiro pasó en su camioneta lasciva por ahí y vio a la hija. Se detuvo a comprarle un recipiente a la madre. Hizo una costumbre el detenerse en su troca, cada fin de semana que iba para el rancho, a comprarle algo a la señora. Un día le externó a la vieja su interés en la hija. La madre lo ayudó y le tumbó, a la chica, el novio que traía. Comenzaron, Ramiro y la muchacha, a salir y finalmente se casaron. De blanco. Tuvieron crios.

Pero sus conversaciones no iban a ningún lado. Un día, cuando veían una caricatura con unicornios voladores, ella le dijo a él: "¡Qué lástima que esos animalitos ya se hayan extinguido!" Fue la gota que derramó el vaso. Ramiro comenzó a prestarle atención a la contadora de su empresa, quien llevaba semanas insinuándosele. Una mujer educada en la universidad y en el oficio del dinero... con mucha avaricia.

Pasaban las horas enteras haciendo planes sobre cómo hacer prosperar el negocio de Ramiro. Así es que él acababa de encontrar una interlocutora que lo mantenía despierto toda la noche. No porque fuera una mujer físicamente agraciada; sino porque tenía todo lo demás que él necesitaba: astucia para lo monetario, además de la educación mínima para no decir torpezas que él pudiera detectar. Y le ofrecía algo más, en su imaginación, una satisfacción: sentía que a la contadora no la había comprado, como sí había comprado a su esposa. Ramiro se equivocaba. Él había comprado a su suegra y a la amante; pero no a su esposa.

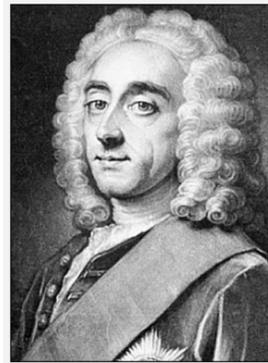
Luego de un año de romance y de ver que Ramiro no tomaba finalmente la decisión de separarse de su mujer para casarse con ella, la contadora le dijo por teléfono: "me caso la próxima semana". Así se enteró de que la amante no le había sido fiel nunca, sino que desde un principio había conseguido un novio que trabajaba a mil kilómetros de distancia. Ramiro me marcó al celular: "Tiene tal puesto. Dime, Carlitos, ¿cuánto gana ese cabrón?"

No pude hacerle ver que el tema no era el dinero.

Obsesionado y para demostrarle a la amante que estaba dispuesto a todo para detener la boda, Ramiro abandonó el hogar para ir a instalarse en un hotel.

Su padre le dijo: "Si a ti te pusieran un plato con un bistec de carne y otro con mierda, agarras el de mierda". Y se lo repitió en un viaje que hicieron por carretera, cuando el hijo quería hacerle ver a su padre que la disyuntiva en la que se encontraba era: amor puro.

Ramiro no murió sin que nos reconciliáramos y pudiera ver la verdad que siempre llega: con el silencio.

**Conde de Chesterfield**

Conde de Chesterfield, en el condado de Derby, fue un título en la Nobleza de Inglaterra. Fue creado en 1628 por Philip Stanhope, primer barón Stanhope. Ya había sido creado Baron Stanhope, de Shelford en el condado de Nottingham, en 1616, también en la Nobleza de Inglaterra. El hijo menor de Stanhope, el Excmo. Alexander Stanhope fue el padre de James Stanhope, primer conde Stanhope, mientras que su medio hermano Sir John Stanhope de Elvaston fue el bisabuelo de William Stanhope, primer conde de Harrington.

El tataranieta de Lord Chesterfield, el cuarto conde, fue un político y hombre de letras y se desempeñó notablemente como Lord Teniente de Irlanda y como Secretario de Estado para el Departamento del Norte. También alcanzó fama póstuma por sus Cartas a su Hijo. Fue sucedido por su primo tercero una vez destituido, el quinto conde. Era hijo de Arthur Charles Stanhope, hijo del Reverendo Michael Stanhope, nieto del Excmo. Arthur Stanhope, hijo menor del primer conde. Lord Chesterfield fue Embajador en España y también sirvió bajo William Pitt el Joven como Maestro de la Casa de Moneda y Director General de Correos. Su hijo, el sexto conde, era un político conservador y se desempeñó como maestro de los Buckhounds desde 1834 hasta 1835 en la primera administración de Sir Robert Peel. Su hijo, el séptimo conde, representó a Nottinghamshire South en la Cámara de los Comunes.

Nunca se casó y fue sucedido por su primo tercero, el octavo conde. Era nieto del contralmirante John Stanhope, hijo de Ferdinand Stanhope, hijo menor del mencionado reverendo Michael Stanhope. A su muerte en 1883, esta línea de la familia también fracasó y fue sucedido por su primo cuarto Sir Henry Edwyn Chandos Scudamore-Stanhope, tercer baronet, de Stanwell, quien se convirtió en el noveno conde (para la historia anterior de la baronetcy, ver más abajo). Su hijo mayor, el décimo conde, fue un destacado político liberal y se desempeñó notablemente como Capitán del Yeomen de la Guardia de 1894 a 1895. A su muerte, los títulos pasaron a su hermano menor, el undécimo conde. Fue capitán de la Royal Navy. Murió soltero y fue sucedido por su sobrino, el duodécimo conde. Era el hijo del Excmo. Evelyn Theodore Scudamore-Stanhope, hijo menor del noveno conde. No tuvo hijos y a su muerte en 1952 la baronet se extinguió.

ad pédem literae

Si te propones algún día mandar con dignidad, debes servir con diligencia

Philip Dormer Stanhope

Letras de buen humor

El azar es el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar

Théophile Gautier

Mónica Lavín

Afición

Para César Gutiérrez

Dice que unos minutos salvaron su vida, y la de casi todos en la secundaria.

Dice que entraban a las 7:20 y que cuando tembló casi todos estaban en el patio.

Dice que llevaba el suéter verde del uniforme y que vivía cerca de avenida Chapultepec.

Dice que allí estudió Octavio Paz.

Dice que uno de sus compañeros subió antes la escalera al piso donde estaba el salón, pues usaba muletas y su mamá lo tenía que acompañar.

Dice que algunos otros también. Al principio no estuvo muy claro quiénes.

Dice que al principio no estuvo muy claro nada. Era como una película inesperada.

Dice que les asustó el ruido muy grande que siguió al movimiento. Y la vista de una de las alas del edificio venidas.

Dice que tardaron cuatro horas en salir de la escuela. Que desde afuera quien sabe quiénes y desde adentro los maestros y los de intendencia movían piedras para salir.

Dice que cuando hubo un agujero suficientemente amplio prepararon entre las

piedras y salieron a avenida Chapultepec.

No dice cómo era la luz y el polvo allá afuera ni si se escuchaba el ruido de las sirenas.

No dice si estaban sus padres en la calle, ansiosos, desesperados por saber cuáles eran los daños.

No dice si se abrazaron y lloraron, y si había otros que se quedaron con los brazos caídos, porque entre las cabezas llenas de polvo, entre los ojos cuarteados, las mochilas a la espalda y los uniformes sucios no estaba el suyo.

No dice quiénes fueron los otros siete muertos.

No dice que la maestra de primero se descompuso y que con su palidez no acertaba a dirigir a los alumnos hacia algún sitio. Que en vez de moverse sacó un tubo de labios y se pintó la boca. No dice que no había sitio. Que el patio era un sitio, por un rato.

No dice que si hubiera sido lunes y no jueves, la ceremonia de la bandera que tanto detestaba hubiera impedido que subieran antes los que tardaban más.

No dice que cuando estaban en el patio entre algunos gritos y confusión miró a Leticia, la de las pecas en la cara, y pensó en acercarse. Sus ojos de animal asustado se cruzaron con los de él, y



luego le vio el llanto. No dice que vio la canasta de básquet como un triste testigo de lo que ya no iba a pasar en ese patio, no de la misma manera, no mientras ellos estuvieran allí.

No dice cuántos días después supieron que uno de sus compañeros había perdido a la familia entera, que se había quedado solo de golpe. No dice que él sintió alivio de no tener ese mismo destino, tener que ganarse la vida, vender hot dogs en el Parque del Seguro Social.

No dice que cuando se lo encontró allí había olvidado que era el lugar donde llevaron a los muertos sin identificar en los días que sucedieron al temblor. No dice